

IAN BURUMA

# AÑO CERO

Historia de 1945

Traducción castellana de  
DAVID LEÓN

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE  
BARCELONA

## EXULTACIÓN

Cuando las fuerzas aliadas que luchaban en Alemania liberaron a millones de las personas que tenía recluidas el Reich derrotado de Hitler en campos de concentración, de trabajo y de prisioneros de guerra, dieron por supuesto que estas se mostrarían dóciles, agradecidas y dispuestas a colaborar cuanto les fuera posible con sus salvadores. Y aunque no cabe duda de que en algunos casos fue esto lo que ocurrió, en otros muchos toparon con lo que acabó por denominarse «complejo de liberación». «Este —conforme a la exposición un tanto burocrática de uno de cuantos fueron testigos de este momento— conllevaba venganza, hambre y exultación, elementos que se combinaban para convertir a los expatriados recién liberados en un problema en lo tocante a la conducta y a la necesidad de atenderlos, alimentarlos, desinfectarlos y devolverlos a sus naciones respectivas.»<sup>1</sup>

El complejo de liberación no era exclusivo de quienes ocupaban los centros de evacuación, sino que cabía emplearse para describir a países enteros recién liberados, y en cierto sentido, también a las naciones derrotadas. Pese a haber nacido demasiado tarde y en una tierra demasiado próspera para percibir los efectos del hambre, quien esto escribe conoció ciertos ecos vagos de venganza y exultación. Los agraviados seguían desquitándose de quienes habían colaborado con el enemigo —o lo que era peor, habían dormido con él— de un modo silencioso y casi subrepticio, casi siempre en situaciones de escasa relevancia. Y así, era normal que alguien no comprase verduras en determinado establecimiento o cigarrillos en otro porque «todo el mundo» sabía que los propietarios habían «obrado mal» durante la guerra.

La exultación, por su parte, quedó institucionalizada en los Países Bajos mediante el ritual anual del Día de la Liberación, celebrado el 5 de mayo. El autor recuerda que, en su niñez, aquel día brillaba siempre el sol, repicaban las campanas de las iglesias y ondeaba el rojo, blanco

y azul de las banderas movido por la ligera brisa primaveral. Si el 5 de diciembre, festividad de San Nicolás, es todo un acontecimiento familiar, aquel constituye el gran espectáculo del goce patriótico, o al menos lo era en las décadas de 1950 y 1960, cuando creció quien esto escribe. Dado que no fueron los propios neerlandeses, sino soldados canadienses, británicos, estadounidenses y polacos, quienes liberaron la nación de la ocupación alemana el 5 de mayo, el estallido anual de orgullo patriótico resulta un tanto peculiar. Sin embargo, como los neerlandeses, al igual que los estadounidenses y los británicos, gustan de entender la libertad como elemento definidor de la identidad nacional, no deja de tener sentido que la derrota de Alemania quedase mezclada en la conciencia patria con la memoria colectiva de la victoria sobre la corona española obtenida en la guerra de los Ochenta Años entre los siglos XVI y XVII.

Es normal que a los que nacimos seis años después de acabada la guerra se nos llenen los ojos con facilidad de lágrimas sentimentales ante imágenes de gaiteros escoceses que marchan ante los fuegos de ametralladora en una playa de Normandía o de ciudadanos franceses que cantan la *Marsellesa*, procedentes, claro está, no de recuerdos propios, sino de películas de Hollywood. Con todo, yo tuve un atisbo de la exultación de otro tiempo cincuenta años después de aquel 5 de mayo de 1945, cuando se recreó la entrada en Ámsterdam de los soldados del ejército canadiense a fin de celebrar el aniversario. Tanto da que las tropas aliadas no llegasen en realidad a la capital hasta el 8 de mayo: el momento original debió de ser extraordinario. Uno de los corresponsales de guerra británicos que lo vivieron escribió al respecto: «Nos han besado, llorado, abrazado, golpeado y gritado hasta dejarnos magullados y exhaustos. Los neerlandeses han dejado desnudos sus jardines, y la lluvia de flores que cae sobre los vehículos aliados parece interminable».<sup>2</sup>

Cincuenta años después, los combatientes canadienses, añosos ya y con los uniformes de combate —desteñidos y demasiado ajustados— cargados de medallas, volvieron a entrar en la ciudad montados en sus viejos todoterrenos y vehículos blindados, saludando a la multitud con las lágrimas saltadas mientras recordaban los días en que fueron dioses, días de los que sus nietos hace tiempo que se cansaron de oír hablar, días de exultación que precedieron al momento en que aquellos héroes de guerra sentaron cabeza en Calgary o Winnipeg para hacerse dentistas o contables.

Si algo me asombró más que aquellos ancianos que revivían sus momentos de gloria fue la conducta de las señoras neerlandesas de edad, ataviadas como las anfitrionas respetables que eran sin lugar a dudas. Todas ellas se hallaban sumidas en un estado de frenesí, como en un éxtasis adolescente, gritando como jovencitas en un concierto de rock, tendiendo los brazos para tocar los uniformes de los que cabalgaban los todoterrenos. «¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!», gritaban, incapaces de contenerse: también ellas estaban reviviendo la exultación de aquel tiempo. Aquella fue una de las escenas más extrañamente eróticas que haya tenido ocasión de contemplar.

Ya hemos visto que, en realidad, los canadienses no entraron en Ámsterdam el 5 de mayo, ni tampoco en dicha fecha había acabado oficialmente la guerra. Es cierto que el día 4, el gran almirante Hans-Georg von Friedeburg y el general Eberhard Hans Kinzel habían acudido a la tienda del mariscal de campo Bernard Montgomery (*Monty*) en el Brezal de Luneburgo a fin de rendir todas las fuerzas germanas del noroeste de Alemania, los Países Bajos y Dinamarca. Cierta oficial joven del ejército británico llamado Brian Urquhart fue testigo del trajín de los Mercedes-Benz alemanes que se dirigían al cuartel general de Monty. Poco antes, había sido uno de los primeros oficiales aliados que entraron en el campo de concentración de Bergen-Belsen. Los más de los prisioneros liberados «daban la impresión de no ir a entender lenguaje articulado alguno, aun cuando hubiésemos sido capaces de dar con un idioma común». Lo que a lo lejos le habían parecido troncos resultaron ser montones de cadáveres que se prolongaban «hasta donde alcanzaba la vista». <sup>3</sup> Cuando el almirante Von Friedeburg, vestido aún con un espléndido gabán de cuero, conoció unos días más tarde las noticias estadounidenses relativas a las atrocidades perpetradas por los alemanes, montó en cólera por considerarlas un insulto a su nación.

El 6 de mayo hubo también una ceremonia en la granja semidecruída cercana a Wageningen en la que el general Johannes Blaskowitz rindió sus tropas al teniente general canadiense Charles Foulkes. Poca cosa quedaba ya en pie de Arnhem después de que las bombas la hubiesen trocado en cascotes en septiembre de 1944 mientras los soldados británicos, estadounidenses y polacos trataban de abrirse paso a través de los Países Bajos durante la catástrofe militar que recibió el

nombre de Operación Market Garden. Uno de quienes había visto venir este desastre fue Brian Urquhart, quien ejercía a la sazón de oficial del servicio de información a las órdenes de uno de los principales cerebros de la operación, el general F. A. M. Browning, por mal nombre *el Chico*, personaje de aire gallardo que tenía las manos bien manchadas de sangre. Cuando Urquhart mostró a su superior el testimonio fotográfico que poseía de las brigadas alemanas de carros de combate que aguardaban en torno a Arnhem con la intención de destruir a los aliados, se le dijo que podía tomarse una baja por enfermedad: a nadie, y menos a un simple oficial de espionaje, se le iba a permitir que aguase la fiesta a Monty.\*

Sin embargo, la guerra aún no había acabado, ni siquiera en los Países Bajos. El 7 de mayo se había congregado en la plaza Dam del centro de Ámsterdam toda una multitud frente al Palacio Real para lanzar gritos de júbilo, bailar, cantar y hacer ondear la bandera naranja de la monarquía neerlandesa ante la inminente llegada de las tropas victoriosas del Reino Unido y Canadá. Al contemplar a aquel gentío alborozado desde los ventanales de una sociedad privada sita en aquella misma plaza, los oficiales navales de Alemania decidieron dejarse llevar por un último arranque de rencor y descargar contra la masa una ametralladora dispuesta en la azotea. Hubo 22 muertos y más de un centenar de heridos.

Tampoco fue este el último acto violento del conflicto. El 13 de mayo, más de una semana después del Día de la Liberación, murieron ejecutados dos hombres. Se trataba de alemanes contrarios al nazismo que se habían ocultado entre los neerlandeses después de desertar del ejército de su patria. Uno de ellos era hijo de judía. El día 5 habían salido de sus escondites para apersonarse ante algunos representantes del movimiento de resistencia de los Países Bajos, quienes los habían puesto en manos de los canadienses. Ambos fueron víctimas entonces de una de las confusiones propias de los enfrentamientos bélicos. Cuando Montgomery aceptó la rendición alemana el 4 de mayo no había en la nación suficientes soldados aliados para desarmar a los alemanes ni alimentar a los prisioneros de guerra. Por el momento, se permi-

\* De hecho, cuando la Market Garden se hallaba aún en fase de planificación, se la conocía como «la Fiesta». El coronel John Frost, uno de los oficiales más célebres de la batalla de Arnhem, tenía incluso la intención de acudir a los Países Bajos con sus palos de golf.

tió a los oficiales germanos permanecer al mando de sus combatientes, y a aquellos dos desdichados los llevaron junto con otros soldados compatriotas suyos a una planta de montaje de la Ford en desuso de las afueras de Ámsterdam. Los oficiales improvisaron a la carrera un consejo de guerra con la intención de hacer valer su autoridad por última vez, y este condenó a muerte a ambos. Los alemanes solicitaron a sus vigilantes armas con las que ajusticiar a aquellos «traidores», y los canadienses, que no tenían claro cuál era la legislación al respecto ni deseaban perturbar aquel arreglo temporal, se las dieron. Los dos fueron ejecutados de inmediato. Todo apunta a que no faltó quien corriera su misma suerte hasta que los canadienses pusieron fin, a destiempo, a semejantes prácticas.<sup>4</sup>

La fecha oficial del fin de la guerra en Europa (el *V-E Day*, conforme a la denominación inglesa) fue, de hecho, la del 8 de mayo. Aunque la rendición incondicional de todas las fuerzas alemanas se firmó la noche del día 6 en una escuela de Reims, las celebraciones hubieron de esperar. A Stalin se lo llevaron los demonios ante la idea de que el general Eisenhower hubiese osado aceptar tanto la capitulación del frente oriental como la del occidental, ya que consideraba que semejante privilegio correspondía exclusivamente a los soviéticos, quienes debían asumirlo en Berlín. Quería retrasar el día de la victoria en Europa al 9 de mayo, lo que, a su vez, indignó a Churchill.

Los habitantes del Reino Unido se hallaban ya ocupados elaborando el pan necesario para hacer los emparedados para la celebración y preparando banderas y pancartas, y las campanas de las iglesias aguardaban el momento de empezar a repicar. En la confusión general, fueron los alemanes quienes anunciaron primero el fin de los enfrentamientos en un comunicado radiofónico que, emitido desde Flensburg, en donde el almirante Karl Dönitz seguía nominalmente al cargo de los restos maltrechos del Reich alemán, fue recogido por la BBC. Los diarios franceses, británicos y estadounidenses no tardaron en sacar a la calle ediciones especiales. En las plazas londinenses de Piccadilly Circus y Trafalgar Square se congregó toda una muchedumbre a la espera de que Churchill notificase la victoria y diera con ello al fin el pistoletazo de salida a la mayor fiesta de la historia; en las calles de Nueva York comenzaron a llover serpentinas y, sin embargo, seguía sin ofrecerse anuncio oficial alguno por parte de los dirigentes aliados del fin de la guerra con Alemania.

Poco antes de la medianoche del 8 de mayo, en el cuartel general

soviético de Karlshorst, cerca del campo de trabajo en que había estado confinado mi padre, el brutal genio militar que fue el mariscal Georgi Zhúkov aceptó al cabo la rendición alemana. Una vez más, el almirante Von Friedeberg ofreció su firma a la derrota de Alemania. El mariscal de campo Wilhelm Keitel, rígido e inexpresivo, convertido en la máxima expresión del soldado prusiano, manifestó a los soviéticos el horror que le producía el grado de destrucción que se había infligido a la capital alemana. Uno de ellos le preguntó si se había sentido tan escandalizado al ver desaparecer miles de aldeas y pueblos soviéticos por orden suya, o quedar sepultados bajo las ruinas a millones de sus habitantes, incluidos no pocos niños. Keitel se limitó a encogerse de hombros sin articular palabra.<sup>5</sup>

Zhúkov pidió a continuación a los alemanes que se retirasen, y los soviéticos festejaron entonces con clase el acontecimiento junto con sus aliados alemanes, británicos y franceses, entre discursos pronunciados con ojos llorosos y grandes cantidades de vino, coñac y vodka. En aquella misma sala se celebró al día siguiente un banquete en el que Zhúkov brindó por Eisenhower y lo situó entre los generales más egregios de todos los tiempos. Las dedicatorias se sucedieron sin descanso, y los caudillos soviéticos —Zhúkov incluido— bailaron hasta que quedaron pocos de ellos en pie.

El 8 de mayo, el gentío había comenzado a enloquecer en Nueva York, y aunque también eran multitud quienes salían a las calles de Londres, las masas británicas parecían acalladas, como si esperasen a que la voz de su primer ministro diese comienzo a las celebraciones. Churchill, que había decidido hacer caso omiso al deseo de Stalin de diferir hasta el día 9 el de la victoria en Europa, iba a hablar a su pueblo a las tres de la tarde. El presidente Truman ya lo había hecho antes, y el general Charles de Gaulle, negándose a verse eclipsado por el británico, insistió en hacer su anuncio a los franceses a la misma hora exactamente que él.

El discurso que ofreció Churchill a través de la BBC se oyó en los aparatos de radio de todo el planeta. En la plaza del Parlamento, frente a Westminster, en donde se habían instalado altavoces, no cabía un alfiler. Quienes aguardaban ante el palacio de Buckingham se veían aplastados por el resto del gentío contra las verjas de la entrada. A los vehículos del West End les resultaba imposible pasar por entre la turba. El Big Ben dio las tres; la muchedumbre calló, y al fin, tronó la voz de Churchill por los altavoces: «Ha acabado, pues, la guerra con los alemanes ... casi todo el mundo se había aliado en contra de los malhe-

chores que ahora se postran ante nosotros ... Es tiempo ya de que consagremos todas nuestras fuerzas y nuestros recursos a la culminación de nuestro cometido, tanto en nuestra nación como en el extranjero». Y llegado a este punto, se le quebró la voz. «¡Adelante, Britania! —exclamó—. ¡Viva la causa de la libertad! ¡Dios salve al rey!» Poco después, hizo el signo de la victoria con el índice y el corazón en el balcón del Ministerio de Sanidad.

—¡Que Dios os bendiga a todos! —añadió—. ¡Esta victoria es vuestra!

—¡No —respondió la multitud—; es tuya!

El *Daily Herald* informó de «fantásticas escenas de regocijo desmesurado en el centro de la ciudad. La multitud, desbocada, lanzaba ovaciones, bailaba, reía, atestaba los autobuses y saltaba a los techos de los automóviles, arrancaba vallas para hacer hogueras en la calzada, besaba a los agentes de la policía y los arrastraba a la danza ... Los motoristas hacían el signo de la victoria mientras tocaban sus bocinas eléctricas, y en el río, los remolcadores y otras embarcaciones hacían sonar y resonar la noche con sus sirenas victoriosas».

En algún punto de esta muchedumbre se encontraba mi madre, que en aquel momento contaba dieciocho años y disfrutaba del día libre que le habían concedido en el internado, y su hermano pequeño. A mi abuela, Winifred Schlesinger, hija de inmigrantes germanojudíos, no le faltaban motivos para estar contenta, ni para idolatrar sin medida a Churchill. Con todo, tenía cierto temor a que sus hijos se perdieran en aquel «gentío entusiasmado y ebrio. ¡Sobre todo los yanquis!».

En Nueva York salieron a la calle quinientas mil personas. Se levantó el toque de queda, y los clubes —Copacabana, Versailles, Latin Quarter, Diamond Horseshoe, El Morocco...— estuvieron abiertos y llenos hasta la bandera hasta altas horas de la noche. En el Zanzibar tocó Lionel Hampton; Eddie Stone, en el Roosevelt Grill del hotel del mismo nombre, y en el restaurante Jack Dempsey's se ofrecían «porciones *jumbo*».

En París, en la Place de la République, cierto periodista del *Libération* observó «una masa en movimiento de gente eufórica con banderas aliadas. Un soldado americano agitaba sus largas piernas en un extraño estado de desequilibrio mientras trataba de tomar fotografías con dos botellas de coñac, vacía una de ellas, metidas en los bolsillos de su uniforme caqui». Un piloto de bombardero estadounidense tenía en vilo a la multitud mientras hacía pasar su Mitchell B-25 por debajo de la torre



Eiffel. En el Boulevard des Italiens habían decidido entablar una curiosa competición «un marino americano enorme y un negro de dimensiones espléndidas»: estrechaban contra sus «pectorales gigantescos» a cada mujer que encontraban a su paso y contaban después el número de marcas de pintura de labios que les habían dejado en las mejillas. Quienes los rodeaban apostaban por uno u otro de los rivales. En el Arco de Triunfo se había congregado una turba insólita en agradecimiento al general De Gaulle, que lucía una sonrisa no muy común en él. Todos cantaban a voz en cuello la *Marsellesa* y la canción favorita de la Gran Guerra, *Madelon*:

*Para el reposo y el placer del militar,  
hay allí abajo, a dos pasos de aquel bosque,  
una casita con muros verdes de hiedra.  
Aux Tourlourous: así se llama la taberna.  
La moza es joven y gentil,  
ligera como mariposa;  
su vino y sus ojos chispean;  
la llamamos la Madelon.*

Aun así, no faltó quien considerara decepcionantes las celebraciones parisinas del Día de la Victoria en Europa, puesto que, a fin de cuentas, Francia había sido liberada ya en 1944. Simone de Beauvoir describió los recuerdos que guardaba de aquella noche como «mucho más confusos que los que tenía de otros festejos anteriores, quizá por la confusión que reinaba entonces en mis sentimientos. La victoria se había ganado a mucha distancia de nosotros; no la habíamos aguardado, como la Liberación, con ansia febril; hacía tiempo que se estaba viendo venir, y no ofrecía esperanzas ulteriores. En cierto sentido, aquel final era comparable a la muerte».<sup>6</sup>

Los moscovitas, por su parte, corrieron a llenar las calles no bien se anunció el triunfo a primera hora de la mañana del día 9. Las masas de ciudadanos, en muchos casos aún en prendas de dormir, estuvieron bailando y jaleando hasta entrada la noche con gritos de: «¡Victoria! ¡Victoria!». «El orgullo de haber vencido al fin a un enemigo tan traidor y abyecto —recordaba Valentín Berezhkov, uno de los intérpretes de Stalin, en una carta remitida al historiador británico Martin Gilbert—, el duelo por los caídos (cuando aún no sabíamos que el número de los que habían muerto en el campo de batalla rozaba los treinta

millones), la esperanza de una paz duradera y la colaboración continuada con nuestros aliados de guerra nos infundieron una sensación especial de alivio y optimismo.»<sup>7</sup>

La edición del 8 de mayo del *Libération* estaba quizás en lo cierto al considerar que aquella era sobre todo una fiesta para la juventud. «Los jóvenes eran los únicos que se mostraban eufóricos; los que se agarraban de un salto a los todoterrenos hasta convertirlos en algo semejante a los graderíos del hipódromo de Longchamp; los que atravesaban los Campos Elíseos rodeados de banderas y siempre con una canción en los labios. Y es normal que así sea, pues ha pasado el peligro para ellos.»

A mi abuela del Reino Unido, que suspiraba aún por el esposo que seguía al servicio del ejército británico en la India, no le era dado compartir el entusiasmo de sus hijos. Sin duda eran muchos quienes se hallaban en su misma situación por estar preocupados por la suerte del cónyuge o el hijo destinados en ultramar o por haber perdido demasiado para alegrarse. La reacción de esta hija de inmigrantes tenía también mucho de carácter británico. «Como te echaba mucho de menos para participar en las celebraciones —escribió a mi abuelo—, puse mi granito de arena en este momento de gloria dedicándole un tiempo extra al jardín.»

Mi padre ni siquiera recuerda el día en que acabó oficialmente la guerra. Recuerda vagamente el sonido de las salvas de los cañones soviéticos. El mariscal Zhúkov las menciona en sus memorias: «Salimos de la sala en que se celebraba el banquete [del 9 de mayo] y nos recibieron los cañonazos de toda clase de armas ... Las descargas se sucedieron por todo Berlín y su periferia».<sup>8</sup> Sin embargo, mi padre, acostumbado al sonido de los cañones, no prestó especial atención.

Brian Urquhart, el joven oficial del servicio británico de información, retenido en el norte de Alemania y recuperándose aún del choque que le había supuesto la contemplación del campo de Belsen, tampoco podía unirse por entero al júbilo de los demás: «No es fácil reconstruir lo que sentí en realidad en aquella ocasión conmovedora. Poco menos de seis años de la desesperación a la victoria; tantos amigos perdidos...; la increíble magnitud de la destrucción ... Me preguntaba por todos aquellos rostros sin nombre que aparecían en las fotografías de guerra: refugiados, prisioneros, paisanos bombardeados, soviéticos rodeados de la nieve y las ruinas de su país; la tripulación de cargueros que se iban a pique... ¿Cuántos de ellos iban a volver a ver a sus familias?».<sup>9</sup>

Ninguno de estos pensamientos logró empañar la alegría de quietud.

nes festejaban la victoria en Nueva York, París y Londres. Puede asegurarse, sin temor a caer en la exageración, que la luz tuvo en las celebraciones tanto peso como la juventud. «¡La ciudad se ha encendido!», aseguraban los titulares del *New York Herald Tribune* el 9 de mayo. «El cielo nocturno de Londres ha vuelto a resplandecer», habían anunciado el día 8 los del *Daily Herald* londinense. Las luces del Palacio de la Ópera de París se prendieron por vez primera desde septiembre de 1939, en rojo, blanco y azul. Una tras otra, se encendieron también las que iluminaban el Arco de Triunfo, la iglesia de la Magdalena y la plaza de la Concordia. Y el *Herald Tribune* habló con orgullo de los «reflectores que alumbr[a]n las Barras y Estrellas, la Union Jack y la Tricolor de grandes dimensiones» que ondeaban frente a su edificio de la Rue de Berri.

La ciudad de Nueva York se había ido oscureciendo cada vez más desde la imposición del *dimout* y el *brownout*, períodos en que era obligatorio apagar las luces a fin de dificultar los posibles ataques aéreos, a partir de abril de 1942 y de octubre de 1943 respectivamente. La antorcha de la estatua de la Libertad era lo único que permanecía encendido, si bien a media luz. Sin embargo, llegadas las ocho de la tarde del 8 de mayo, al decir del *New York Daily News*, «todas las joyas de la corona de Broadway brillaban en todo su esplendor, y las nutridas masas de humanidad parecían nadar en la misma luz que daba calor a sus espíritus».

La columna de Nelson de la plaza londinense de Trafalgar destacaba por la acción de un reflector, y la catedral de San Pablo, que se elevaba casi en solitario en medio de las ruinas del distrito financiero de la capital, se hallaba bañada por los focos. Los cines iluminaban Leicester Square con colores de gran viveza. Y a todo esto se sumaba el suave resplandor rojizo de las decenas de miles de fogatas que ardían en todo Londres y en cuantas tierras se extendían a su alrededor hasta llegar nada menos que a Escocia.

No se trataba solo del alivio que suponía el poder volver a encender las luces una vez despejado para siempre el temor a los bombarderos y a las bombas volantes V-1 (o *doodlebugs*): el que las ciudades volviesen a estar iluminadas estaba cargado de un simbolismo conmovedor. La lectura de estos relatos me recordó una historia que me refirió en Moscú cierta académica rusa que tenía la literatura francesa por especialidad y por pasión. Toda su vida había soñado con ver Francia y otras partes de la Europa occidental que, como aquella, no conocía sino a tra-



vés de los libros. Al fin, en 1990, tras la caída del Muro de Berlín, vio cumplida su ambición al poder viajar a París en ferrocarril. Cuando le pregunté qué era lo que más le había impresionado, me respondió que el momento en que el tren pasó de noche del Berlín Oriental al Occidental... y vio de pronto las luces.